



Javier Huerta Calvo

UN BRINDIS DE LEOPOLDO PANERO POR LUIS ALONSO LUENGO

En este año de 2007, en que Luis Alonso Luengo hubiera cumplido cien años, traigo en su homenaje y en su recuerdo un texto de quien fuera su amigo, su compañero y casi su hermano, el gran poeta Leopoldo Panero. Lo he encontrado entre los papeles que forman el archivo del autor, y que –como bien saben los lectores de *Argutorio*–, por culpa de la desidia de algunos leoneses, fueron a parar a Málaga, en cuyo Centro Cultural de la Generación del 27 hoy se custodian. 2007 significa, por otro lado, el arranque de una serie de conmemoraciones en torno a los cuatro autores que, según la feliz invención de Gerardo Diego, forman la llamada “Escuela de Astorga”: Alonso Luengo, nacido en 1907; Ricardo Gullón y Juan Panero, en 1908; y Leopoldo, en 1909. Aunque quien esto escribe tenga sus dudas sobre el valor de tales efemérides –con frecuencia sólo fuente de huera palabrería y de actos más espectaculares que fructíferos para la cultura del país–, la conmemoración que ahora se inicia es de otro cariz, y Astorga la tiene que sentir como propia, pues en ella están implicados cuatro de sus más ilustres hijos de todos los tiempos: uno de los mejores poetas de la posguerra; una gran promesa segada por la muerte; quien tal vez sea el mejor crítico español del siglo XX; y un polígrafo –jurista, historiador, poeta, novelista– que, por encima de todo, amó su ciudad y a quien se debe –casi más que a Gerardo Diego– la insistencia en nombrar al grupo con el marbete de Escuela de Astorga.

Como escribía nuestro admirado Valentín García Yebra, “quien honra a quienes merecen honra, a sí mismo se honra. Quien ama a su ciudad, merece el amor de sus conciudadanos. Quien eleva el prestigio del pueblo que le vio nacer, merece ser ensalzado por cuantos lo habitan”.¹ Esto es lo que viene haciendo Astorga con sus más ilustres hijos desde hace algún tiempo, y lo que va a intensificar en los próximos meses con diversos actos organizados por su Ayuntamiento, entre los cuales va a tener un relieve importantísimo la inauguración de la casa de los Panero como el gran centro cultural de la ciudad, donde se alberguen libros y documentos en torno a los autores de la Escuela. La colaboración y la generosidad de los herederos en cuanto a la donación de fondos –los de Gullón y Alonso Luengo, ya casi exclusivamente– pueden hacer que la

que fuera elegante mansión de los Panero –la *estancia vacía* del gran poema que Leopoldo publicó en 1944– se transforme en una verdadera *casa encendida* de la cultura, de la historia, de la crítica literaria y de la poesía. Como digo, éste será el mejor homenaje –por permanente– a los cuatro autores de la Escuela de Astorga.

A lo largo de su vida Alonso Luengo se ocupó en muchas ocasiones de sus compañeros de Escuela y, en particular, de Leopoldo Panero. Éstas son algunas de sus aportaciones principales:²

- “El recuerdo y la poesía de Juan Panero”, *Espadaña*, 5 (1944), pp.103-106.
- “Leopoldo Panero a contraluz de Astorga”, *El Pensamiento astorgano*, 7700 (4-VI-1955).
- “El último día de Leopoldo Panero”, *El Pensamiento astorgano*, 8766 (30-VIII-1962).
- “Leopoldo Panero. Recuerdo y presencia del gran poeta”, *Diario de León* (28-VIII-1963).
- “Tres momentos estelares de Leopoldo Panero” [1963], publicado con el título de “Tres momentos astorganos en la vida de Leopoldo Panero”, en *La ciudad entre mí. (Crónicas astorganas desde mi tiempo)*, Astorga, Ayuntamiento de Astorga, 1996, pp.241-250.
- “Panero y Astorga en contraluz”, *El Pensamiento astorgano*, (8-I-1974), p.3.
- “Gerardo Diego y Astorga”, *Tierras de León*, 44 (1981), s.p.
- “La escuela de Astorga vista desde dentro: pequeña historia de una nostalgia”, *Astórica*, II (1984), pp.19-35.
- “La Escuela de Astorga desde su interior”, en *La Escuela de Astorga*, ob.cit., pp.13-28.
- “Juan Panero y *La casa encendida*, de Luis Rosales” [1993], en *División de opiniones. “Arco Iris”, una tertulia literaria del siglo XXI*, ed. Ricardo Magaz, Astorga, Ediciones del Lobo Sapiens, 2001, pp.29-31.
- “Cuando Pepe Caballero pintó un globo para Leopoldo Panero y Enrique Frax”, en *La ciudad entre mí*, ob.cit., pp.153-156.
- “Juan Panero y *La casa encendida* de Luis Rosales”, en *La ciudad entre mí*, ob.cit., pp.237-239.



Retrato de Luis Alonso Luengo, 1931. Colección Fernando Alonso

En todos estos artículos queda de manifiesto la gran admiración que Luis Alonso sintió por la figura y la obra de Leopoldo. Pero tal vez el más entrañable y emotivo sea el titulado “Tres momentos estelares de Leopoldo Panero”, que originariamente apareció en el número especial – *Panero nuestro* – que la revista *Apostolados* dedicó al poeta con motivo de su fallecimiento y de cuya coordinación se encargó Esteban Carro Celada. Se trata, en realidad, de un artículo-entrevista o, mejor, un diálogo entre los dos amigos, pero en el que la proverbial humildad de Alonso cede el protagonismo a Leopoldo. El primer momento estelar –el único que aquí me interesa evocar– se refiere al descubrimiento de la poesía. El lugar, el prado de la Eragudina, bajo los álamos. Los personajes, el cuarteto de amigos, más Lorenzo López Sancho:

–Fue allí, donde aquel día, huyendo del bullicio de la ciudad en ferias, Ricardo Gullón, siempre grandullón y tumultuoso, entonó para nosotros –para ti, para Juan, para Lorenzo, para mí– con un fuego hasta entonces inédito, el viejo romance del Conde Arnaldos, el de aquel marinero misterioso, tan avaro de su alma, que niega al Conde su cantar:

*Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va...*

Nos quedamos un instante en silencio. Luego continué inquisitivo:

–Dime, Leopoldo: ¿crees tú, como Ricardo ha insinuado, que aquel momento fue el del descubrimiento de la poesía para aquel grupo de adolescentes; y para ti y para Juan, además, el de la revelación de un presentimiento; el del mensaje poético que en vosotros dormía?

Leopoldo me envolvió con su mirada:

–Y ¿quién lo sabe...? –me contestó.

Es decir, a la pregunta de Luis responde Leopoldo con una nueva pregunta, para de ese modo prolongar el misterioso mensaje del romance medieval. Y es que, en efecto, la poesía entró muy tarde en la vida de Panero, que no había publicado un solo verso en las dos revistillas de la adolescencia: *La Saeta* y *Humo*. En cambio, Luis –con el seudónimo de *Clarines*– se había prodigado en poesías de factura modernista, algunas de las cuales fueron a parar a sus *Estampas y madrigales*, poemario de 1929 reseñado por Panero en *El Faro astorgano*.³ Justamente ese mismo año cambian las tornas: mientras que Luis abandona el ejercicio de la poesía y se da al ejercicio de la historia y, de cuando en cuando, a la narrativa, Panero escoge definitivamente la senda de la poesía, publicando su primer poema en la madrileña *Nueva revista*, dirigida por José Antonio Maravall.⁴

A esos inicios poéticos de Alonso Luengo y a otras circunstancias de la adolescencia alude Panero en el texto inédito que ahora rescatamos, y escrito tras de una comida-homenaje en Madrid, en la Casa de León, con motivo de la aparición de *La invisible prisión*, en 1951, novela que fue galardonada con el Premio del Instituto de Cultura Hispánica.⁵ Inevitablemente, Panero se remonta a los años de la infancia y la adolescencia, ese paraíso perdido que con tanta frecuencia aparece en sus poemas. La evocación tiene también un inevitable tono elegíaco, por la evocación de los amigos muertos, algunos en tan trágicas circunstancias, como Ángel Jiménez, el novio de Asunción Panero, compañero de celda de Leopoldo en la cárcel de San Marcos de León y asesinado a primeros de noviembre de 1936 por la insania desatada tras el golpe militar del 18 de julio.⁶ Es emotivo que Leopoldo adjudique a Luis Alonso –por sus éxitos en la profesión– la representación de aquella juventud, pues que “el triunfo de Luis es el de toda una generación de niños astorganos, muchos segados por la muerte, otros provisionalmente respetados por ella”;

Por último, la semblanza humana e intelectual que hace Panero de Alonso Luengo no ha de sorprender a nadie que lo conociera y tratara. Leopoldo, que –con ironía– se define como contraejemplo de su amigo, retrata a Luis con las virtudes que tan generosamente le adornaron: tanto las que le condujeron a la más alta cima de la judicatura, como las que le hicieron ganar “las oposiciones de la vida”, sin duda mucho más difíciles éstas que aquéllas.

[BRINDIS EN HONOR DE LUIS ALONSO LUENGO]

No puedo yo referirme a Luis Alonso como personaje madrileño, como escritor y como novelista español, aunque por esa egregia y primerísima razón estemos hoy reunidos aquí partiendo el pan de la amistad. No es ésta una comida estrictamente regional, campechanamente astorgana, sino una convocatoria ancha, abierta y entrecruzada. Pero no es inevitable y forzoso hablar en este alegre trance como paisano, como camarada y como casi hermano suyo. Me es inevitable, pues, hablar como niño. Y pido perdón sinceramente a los que han venido aquí por otros motivos y no pueden, por lo tanto, traducir mis palabras a su propio y viviente lenguaje. Para mí Luis Alonso es como la sombra y claridad que el espejo de los años me devuelve. Para mí está todavía vestido de primera comunión, gordezuelo, vivaz, risueño, estudiando Derecho Romano detrás de sus lentes precoces, saludando a las gentes mayores con afabilidad exquisita y espontánea, escribiendo versos rubenianos de la mejor raíz leonesa, y ganando siempre, de año en año, las tenaces oposiciones de la vida. Para ser honrado conmigo mismo debo confesar una cosa: que durante toda mi adolescencia y buena parte de mi juventud Luis me ha sido puesto, maternalmente, como ejemplo a imitar: “Luis ha terminado la carrera, Luis es tan serio y tan juicioso” (claro que las lentes ayudan mucho en esa edad), “Luis ha ganado oposiciones a la judicatura con uno de los primeros números, Luis me ha dicho, Luis, Luis...”

Como siempre sucede en estos casos, mi madre tenía razón e, incluso, tenía más razón de lo que ella misma sospechaba. Quiero agregar, simplemente, que yo soy el primero en alegrarse y el primero en decirle, de todo corazón, mi alegría. El triunfo de Luis es el de toda una generación de niños astorganos, muchos segados por la muerte, otros provisionalmente respetados por ella. Pienso ahora, en primer lugar, en Juan Panero, en Ángel Gómez, en Dámaso Cansado, en Antonio Novo, en Ángel Jiménez Escobar. Acaso, involuntariamente, se me olvide alguno. La mente de los niños es así. Pero hoy están todos en esta mesa como supremos convidados de honor, colaborando con nosotros, los provisionalmente respetados, en este homenaje poético. Haciendo cola tras de ellos estamos unos cuantos más: Ricardo Gullón, bueno como el pan e inteligente como el agua, a quien siempre recuerdo a zancadas, con su alta y sonora risa, bajo el limpio jardín veraniego, con su libro o con una novia bajo el brazo; y Lorenzo López Sancho, no sé por qué en mangas de camisa, en el fuertecito ya derruido o edificado de la casa de su padre, entrando a “velas” cuando hacíamos entre todos un periódico semanal de título exacto y quinceañero: Humo; o el otro, seis casas más arriba, siempre en la misma calle, que se llamó, voladoramente, La Saeta. Por cierto, que enfrente vivía un hermano de Luis Alonso y hoy también hermano mío, que sale con la tía Blanca en el prólogo de La invisible prisión, camino de Hospital de Órbigo en una tartana, después tuvieron un Citroën de los que [ilegible] milagrosamente; y salía, precisamente, de esa casa. Casa que ya no existe, y que estaba pintada de azul y rosa desvaído y que era, desde luego, mucho más bonita que la que ahora mismo se alza en aquel mismo lugar.

Bueno, qué le vamos a hacer. En nombre de nuestra niñez, de nuestra adolescencia, de nuestra juventud, y poco a poco de nuestra vejez. En nombre de los que vivan y de los que viven de otro modo. En nombre de nuestra invisible prisión, alzo mi copa y mi alegría en tu honor. Déjame, simplemente, que te abrace.

Leopoldo Panero

* Javier Huerta Calvo. Catedrático de Literatura Española. Instituto del Teatro de Madrid UCM

¹ “Una visión humana desde la Escuela de Astorga”, en *La Escuela de Astorga* (Luis Alonso Luengo, Ricardo Gullón, Leopoldo Panero, Juan Panero). *Actas del Congreso celebrado en Astorga los días 29 y 30 de abril de 1993*, ed. J. Huerta Calvo, Astorga, Ayuntamiento de Astorga / Diputación de León, 1993, p.44.

² Doy entre corchetes la fecha originaria de publicación.

³ No hemos podido dar con esta reseña, por encontrarse ilocalizable la colección de *El Faro astorgano* de esos años. Lamentablemente y, pese a nuestro incesante rastreo, el periódico no se encuentra en ninguna biblioteca ni hemeroteca, con lo cual se ha perdido una fuente documental de primer orden para el seguimiento cultural de Astorga en esos años tan cruciales. En relación con la poesía de Alonso, véase ahora el trabajo de Manuel García Castellón, “Luis Alonso Luengo y su poemario modernista *Estampas y madrigales* (1929)”, *Argutorio*, 19 (2007), pp.37-39.

⁴ Se trata del “Romance del nadador y el sol”. A pesar de lo manifestado reiteradamente por la crítica, es éste y no el soneto “Agua viva” –publicado en el periódico *La Libertad*, el 14 de febrero de 1931– el primer poema publicado por Panero; véase nuestra edición (en colaboración con Javier Cuesta Guadaño y Juan José Alonso Perandones) de la *Obra completa*, Astorga, Ayuntamiento de Astorga / Diputación Provincial de León, 2007 (en prensa).

⁵ Madrid, Biblioteca Nueva, 1951. La novela ha sido reeditada en la colección “Breviarios de la calle del Pez”, León, Diputación Provincial de León, 1993.

⁶ El breve relato de Panero coincide, en lo esencial, con el de Ricardo Gullón en *La juventud de Leopoldo Panero*, León, Diputación Provincial de León, 1985.